

Narrativa

DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO DE LA JUVENTUD

Gabriel Alconchel Morales

JURADO

PRESIDENTA

Anunciación Fariñas
Jefa del Área de Iniciativas. Injuve

VOCALES

José María Merino
Escritor

Amalia Iglesias
Poeta y Redactora Jefe de la "Revista de Libros"

Antonio Jiménez
Escritor y Crítico

Susana Barragués
Poeta

Eloy García Tizón
Escritor

SECRETARIO

Javier Barón
Instituto de la Juventud

DISEÑO / IMAGEN DE PORTADA

Carrió/Sánchez/Lacasta

MAQUETACIÓN

Charo Villa

© DE LOS TEXTOS

Sus autores



DEP. LEGAL: xxxxxxxxxxxx

NIPO: 802-08-032-8

ISBN: 978-84-96028-67-8

INSTITUTO DE LA JUVENTUD

José Ortega y Gasset, 71
28006 Madrid

T.: 91 363 78 12

InformacionInjuve@migualdad.es

www.injuve.migualdad.es

CREACIÓN **injuve**

Narrativa

ÍNDICE

Presentación	9
Gabriel Alconchel Morales	
Para una narrativa de este nuevo milenio	11
Antonio Jiménez Morato	
1 “La Aceleración de Partículas en un Circuito de Dos Nodos Inconexos”	17
Enrique Rubio Palazón	
PREMIO	
2 Pequeñas Teorías del Cuento	43
Jorge Martín Mora	
ACCÉSIT	

PRESENTACIÓN

Con el propósito de fomentar la actividad creadora de los jóvenes en el campo literario, el Instituto de la Juventud ha incluido por segundo año consecutivo la Narrativa y la Poesía en la convocatoria anual de los “Premios Injuve para la Creación Joven”, con el fin de complementar así el apoyo a las distintas formas de expresión literaria, hasta ahora representadas básicamente en los textos teatrales Marqués de Bradomín.

Con esta segunda edición, el Injuve reconoce y consolida el incuestionable derecho de estos dos grandes géneros literarios a estar presentes en los Premios para la Creación Joven junto a las Artes Visuales, el Cómic y la Ilustración, el Diseño, la Música, los Textos Teatrales y las Propuestas Escénicas. A partir de ahora nuestra firme voluntad de ofrecer a estas dos convocatorias literarias la continuidad que merecen, apoyo que se pone también de manifiesto con la edición y difusión de este libro, que recoge las obras premiadas.

Nuestra enhorabuena a Enrique Rubio Palazón por el su texto *La aceleración de partículas en un circuito de dos nodos inconexos* y a Jorge Martín Mora-Rey por *Pequeñas teorías del cuento*, premio y accésit respectivamente de esta segunda edición. También nuestra gratitud a todos los autores que han participado en esta convocatoria y que con sus textos contribuyen a ampliar y enriquecer la narrativa, género literario que pone a prueba, como ningún otro, la capacidad de reflejar las inquietudes más actuales mediante la innovación en el uso de la palabra.

Nuestro reconocimiento al jurado formado por José M^a Merino, Amalia Iglesias, Antonio Jiménez Morato, Susana Barragués y Eloy García Tizón, que con su colaboración y su trabajo se convierten en testimonio y garantía de la calidad de los textos aquí reunidos.

Gabriel Alconchel Morales
Director General del Instituto de la Juventud

PARA UNA NARRATIVA DE ESTE NUEVO MILENIO

UNO. ¿Qué se premia en un premio? ¿En un premio de literatura? ¿Y en uno donde hay un límite de edad para participar y que, por lo tanto se considera un “premio joven”? Esas, y seguramente alguna más, son las preguntas que se hace alguien que se haya acercado a este libro y más todavía si está leyendo este prólogo. Un premio concedido por un jurado será siempre, por definición, un acuerdo. O sea, el premio se lo lleva ese libro que ha sabido seducir a más miembros del jurado sin desagradar de un modo especialmente significativo a ninguno. Sobre ese pacto se otorga un premio. Si tenemos en cuenta que el material a juzgar, sobre el que pactar, es la literatura –que, convendremos, es terreno abonado para la subjetividad–, cualquier puede hacerse una idea más o menos aproximada de lo bizarras que deben ser las deliberaciones del jurado. En este caso, como no puede ser de otro modo, se llegó a un pacto, y lo más importante es que en dicho pacto tuvo un peso importantísimo que el premio fuera un “premio joven”. No tanto por el hecho de que los autores sean jóvenes y las deliberaciones se puedan hacer desde la total libertad que da el desconocimiento de su estilo, sus obsesiones y, por extensión, su identidad, sino porque quedó claro desde el inicio que en el fallo de un premio de este tipo tiene tanto peso el a quién se premia como el qué se premia.

DOS. El sentido común nos dice que en un premio debe ganar el mejor. Y en eso estamos todos de acuerdo, salvo por un pequeño inconveniente que suele pasarse por alto: qué parámetros, qué indicadores nos dicen cómo decidir quién es el mejor.

Antes se ha hablado de subjetividades, y conviene recordar una vez más que en la sociedad en la que nos ha tocado convivir pesa más el valor de mercado de un producto, su precio, y su rentabilidad que la calidad intrínseca del mismo. Es más rentable una cadena de comida rápida que un buen restaurante de comida casera, para que lo veamos claro, y todos estaremos de acuerdo en cuál de las dos posibilidades es la más sana. Así que conviene abandonar la idea del mejor como aquel que encontrará una ubicación rápida en el mercado, que se

supone que regula el público y que muestra las tendencias dominantes de una época.

La otra posibilidad es dejarse llevar por la excelencia y una idea académica de la cultura. Una élite con argumentos de autoridad que impone sus criterios de calidad siguiendo una estela de lo que ellos denominan “alta cultura”. Es lo que sucede con muchos premios, y no hace sino prolongar la idea de que hay que pasar por un aro, entrar unas determinadas formas marcadas por unos catedráticos, para entrar en el parnaso de la literatura. Y esas formas, normalmente, surgen con los años, y cuando se dan en artistas jóvenes es porque son, ya viejos prematuros, que no van a aportar nada especialmente relevante dentro del mundo artístico.

Así que lo mejor es pensar que en un premio joven hay que buscar aquellos textos en los que se aprecia una voluntad de modificar los conceptos establecidos, de abrir nuevos senderos y de mostrar nuevas formas de reproducir la sentimentalidad. Un premio joven debe, obligatoriamente, premiar no tanto a lo más vendible, o a lo más correcto, sino a lo más innovador, a los textos que nos permitan intuir novedades en el discurso.

TRES. Las novedades pueden ser de muchos tipos, por supuesto, pero a efectos de la literatura son novedades formales, en el discurso, ya que es muy complicado que se modifique tanto la esencia del individuo como para que cambien los temas. Así, los dos libros giran en mayor o menor medida en torno al amor. Sí, se conoce que los jóvenes del nuevo milenio siguen tan preocupados por su vida sentimental como los del milenio anterior. No han cambiado tanto las cosas desde que Goethe escribiera su *Werther*.

Pero el mundo sí ha cambiado. Y los modos de representarlo también. Eso es lo que interesaba en esa reunión del jurado que deliberaba qué premiar en un certamen como este. Vivimos en un mundo donde, por ejemplo, ya no tienen mucho sentido los cuentos populares que nos contaron a nosotros de pequeños. Santiago Alba Rico lo ha apuntado con gran tino: hay que hacer nuevos cuentos para formar socialmente a los niños del futuro. Cuentos que no reproduzcan valores que se cuestionan socialmente, cuentos para un nuevo milenio. Los premiados en el Certamen de Creación Injuve en su modalidad de narrativa

tenían por tanto que reflejar las posibles direcciones de la narrativa de este milenio que apenas ha echado a andar.

CUATRO. Vivimos en la era de lo científico. No es ya tan sólo que en la enseñanza oficial se privilegie cada vez más el conocimiento de las ciencias frente al de las letras –un síntoma más de la tendencia del pensamiento hegemónico a desactivar las críticas que pueda suscitar–, sino al hecho de que, desde la llegada de los quásar, desde las plasmaciones gráficas de Mandelbrot, desde la teoría del caos, se puede encontrar mucha poesía en lo tecnológico. Quizás sea ahí donde reside la semilla de un nuevo modo de plasmar los sentimientos, de una ciencia inexacta –paradójicamente la ciencia ha asumido su incapacidad de dar ya respuestas únicas a los fenómenos, algo que, por ejemplo, los economistas no han descubierto todavía–, en la que lo indeterminado de las sensaciones y los sentimientos cobra una importancia única. Ese parece ser el punto de partida del texto que ha sido galardonado con el premio de Narrativa de este año: *La aceleración de partículas en un circuito de dos nodos inconexos*. En él su autor, Enrique Rubio Palazón emprende la narración de una seducción ingenua, etérea, fugaz como la vida actual y con un rastro tecnológico evidente que no enmascara, pese a ello, el mil veces utilizado argumento de lo sublime del amor.

Recuerdo una vez más: lo nuevo difícilmente llegará en lo temático, puesto que nuestros anhelos y deseos siguen siendo los mismos. No, de llegar por algún lugar será en la forma, en el discurso cambiante o en constante mutación. La metáfora de dos polos que experimentan por primera vez su atracción no deja de ser una actualización refrescante del poder magnético del amor –¿cuántas veces no habremos hablado del magnetismo de una mirada?– a través de una escritura que encuentra nuevos soportes –la piel, la web–, y escenarios –supermercados, bibliotecas, autobuses urbanos– para contar básicamente lo mismo: el irresistible poder de la atracción amorosa.

CINCO. Jorge Martín Mora-Rey elabora un curioso tratado inoperante en su *Pequeñas teorías del cuento*. Conviene no alarmarse porque esas teorías no son tales, sino metáforas, construcciones, destinadas a servir como excusa para hablar, una vez más, de las relaciones. Con una mirada algo naif, quizás ingenua, parece que esos cuentos a los que se refiere el autor sean las historias heredadas sobre el amor, las

mentiras construidas desde la pareja, el deseo, la pasión y el afecto. Los cuentos van pasando a realidades físicas como los andenes de metro, a conceptos universales como la divinidad. En realidad, estas teorías teorizan muy poco y tienen más de efusión lírica plenamente juvenil que de tratado. Y en ellas va discurriendo la vida a través de objetos reconocibles, sentimientos, todo un crisol de temas recurrentes en el devenir de la literatura que, convenientemente aliñados, dan para un pequeño y lírico homenaje a la vida que asume el disfraz de la teoría.

SEIS. Un saber tan sólo aparentemente opuesto al literario, el científico, y una visión que retuerce la mirada teórica, el metadiscurso, son las dos herramientas utilizadas en las narraciones que podemos disfrutar en este libro. Ambas están tocadas por el aire ensayístico que se está convirtiendo ya en el espíritu de la época actual: frente a la hiperestimulación que se ofrece al lector de hoy, la literatura se diferencia por la inaudita libertad de asociación y capacidad de encapsular tiempo para ofrecer un torrente discursivo con el que apelar a la inteligencia del lector. Y en ambas, también, se aprecia un interés por los procesos de escritura que las entronca con ese delirio casi desconocido que es el *Locus Solus* de Raymond Roussel que está esperando a ser conocido por la gran masa lectora. Pensamiento y mecanismos, construcción de pensamiento, de realidades sólidas con las que poder enfrentarse a un mundo que siempre ha sido virtual pero que nunca ha sido tan fungible como lo es ahora. Puntos de vista externos, análisis de los procesos de una literatura que, como anticipó Blanchot, tan sólo avanza cuando se dirige a su desaparición.

Antonio Jiménez Morato

1

“La Aceleración de Partículas en un
Circuito de Dos Nodos Inconexos”

Enrique Rubio Palazón

PREMIO

*Desbordas mis ideas y detonas las presas de mi mente,
desembalsando caudales de palabras...*

A Gisela...

O. Principio De Indeterminación

Enamorado de nadie. Me levanto por las mañanas con ese gusanillo correteando por mis venas, travesando por mi barriga, retozando por mis pulmones y mi garganta. Mis nervios parecen de cristal, mis huesos parece que flotan sin pesar y, todo a mi alrededor, hasta una mosca borracha, me produce reacciones emocionales. Una alteración de la conciencia que me produce una distorsión de la realidad, o quizá, lo que antes era distorsión, ahora se me presenta como real y puro. Puedo ver detalles, matices, que antes pasaban desapercibidos. Distingo brillos irisados en el aire que antes no estaban. Y no es el resultado de un cuadro tóxico por el consumo de mezcalina, ni es el comienzo de ningún brote psicótico. O al menos, eso creo. Puede que se trate de la energía sensible del universo, en vez de la energía oscura. Tal vez la realidad última del Universo consista solamente en sentimientos y emociones, en vez de átomos y moléculas. O tal vez perciba un Universo paralelo de entre tantos en este gran Multiverso. Un solo verso es insuficiente para describir tan rica, heterogénea y subjetiva sensación

Enamorado de nadie. Siento una querencia infinita hacia nadie. Lo siento sin más, sin evocar imagen, rostro, nombre alguno. Escribo poesías a mi amor invisible, dedicándoselas tras el título: "a nadie...". Hago selecciones de canciones emotivas, que retroalimentan mis reacciones complejas de ternura y exaltación en un círculo vicioso. Me ruborizo yo solo cuando me estoy cepillando los dientes delante del espejo. Sufro falta de apetito e insomnio, y me paso toda la noche conmovido y sintiendo una pasión incontrolable sin recordar a ninguna persona, regodeándome en las sensaciones mismas, inmerso en mi atontamiento amodorrado, en lo mágico e inexplicable, lo indescriptible.

Cuando salgo a la calle, me resulta imposible intuir a personas atractivas, o a personas que me inspiren algo especial, que trasciendan la vulgaridad, pues siento lo mismo dondequiera que esté, con quienquiera que esté: amor.

1. La Discontinuidad Cuántica a Partir del Fenómeno Vibratorio

Siempre me gustaron los grabados corporales, para no olvidar aquello que creía importante. Los símbolos con un significado

personal dejaban en mí huellas imperturbables, una autobiografía dérmica que no se distorsionaba con el tiempo, a diferencia de los recuerdos, desfigurados a causa de posteriores experiencias superpuestas. Un día, quise dejar constancia en mi piel de este autismo emocional, y acudí a un centro de tatuajes para punzarme un símbolo japonés que significaba “independencia”. Mientras ofrecía mi antebrazo izquierdo para ser tatuado, enfrente mío, otro tatuador agujoneaba la nuca de una chica que me daba completamente la espalda, con un punzón vibratorio que iba mojando en tinta negra asiduamente. Aquel cuello delgado, suave, terso y blanco pálido, con una finísima capa de vello rubio, se mantenía visible gracias a una fina mano, que sostenía el cabello echado hacia delante, para facilitar el trabajo. Durante toda la intervención cutánea, me mantuve con la mirada absorta y reflexiva sobre aquel bonito cuello femenino. Su voz susurrante, me sacaba a menudo de mi burbuja, sumergida en las profundidades de un lago helado y, como si fuera una esponjosa caña de pescar con un anzuelo de algodón, enganchaba al cuello de mi camisa y tiraba de mí hacia la superficie onírica de un valle frondoso, aterciopelado, con flores de lana y murmullos de agua. Su sensualidad y dulzura me invitaban a intuir más allá de su nuca, trazando una cara por fuera, y una mente por dentro.

Cada cuál, hablaba del motivo de su símbolo con su maestro de la aguja, por parejas:

—Todos estamos conectados; las cosas están conectadas; todos los elementos que forman la vida y el universo, están interrelacionados. La materia viva y la inerte, lo mental y lo físico; todo entretreído sin los moldes y sin los lindes que impone nuestra percepción y lenguaje, y en continuo cambio, impermanente, con movimientos cíclicos o pendulares. ¿Me comprendes?

—Estamos todos aislados. Somos islas a años-luz. Hay seis mil millones de universos diferentes; distintas visiones subjetivas. ¿Sabes lo que quiero decir? Quizá no. ¿No ves? No puedo comunicarte exactamente lo que quiero. Las palabras dejan un leve rastro en el otro de lo que queremos decir, o incluso son tergiversadas y distorsionadas al antojo de cada cuál. Tú me estás tatuando un símbolo que no significa nada para ti, y para mí lo es todo.

—Te pondré un ejemplo. El universo es como una gran manta energética con movimiento ondulatorio desde un extremo al otro. Si dos personas sacuden la manta para desempolvarla, la onda va recorriéndola por entera, y cuando llega a su fin, retrocede por sus propios pasos en una estela circular y simétrica.

—Sí, más o menos, a eso me refiero. El lenguaje sólo sirve para confundirnos y enjaularnos de una forma más sofisticada. Quizá los primates tengan una visión del mundo más objetiva o pura que nosotros.

—En el universo los cuerpos tienden al orden hasta que se degradan, explotan caóticamente, y vuelven a organizarse.

—Sólo creo en la relatividad absoluta, que es lo mismo que decir que no creo que haya una visión correcta y verdadera del mundo.

—¿Has oído hablar de la sincronía de las luciérnagas? Cuando en un lugar, por la noche, miles de luciérnagas empiezan a brillar siguiendo una secuencia intermitente, al principio, cada una sigue su propio ritmo, hasta que poco a poco, todas comienzan a encenderse y apagarse perfectamente sincronizadas, sin ninguna razón aparente. Como un extenso cableado de lucecitas de navidad por todo un bosque. Todas a la par. Tendemos a la cooperación inconsciente, a la sintonía con el resto de seres y fuerzas.

—No, no creo que mi símbolo sea pesimista. Creo que sólo el individuo independiente tiene la llave de su salvación. La única persona que puede ayudarte eres tú mismo, mediante la revolución de tu mente. El mundo sólo podrá ser un mejor lugar a medida que seres individuales vayan sanando por sí solos. Si cambio mi universo interior, podré cambiar el universo exterior, pues éste último es una proyección de aquel.

—¿Sabes lo que les pasa a las mujeres que cohabitan durante un largo periodo de tiempo?... Pues, que acaban sincronizando sus ciclos menstruales, aparentemente independientes. Todas con la regla los mismo días. ¡PARA VOLVERSE LOCO!

—Ahí afuera no hay nada. Todo son proyecciones. No vemos de fuera hacia dentro, sino al revés. ¿No crees?

—Claro, eso es... Formamos parte de algo más grande, pero no ajeno a nosotros. Y todo es una gran red. Todo está relacionado con todo lo demás. No hay nada aislado al azar. Hoy estoy en este estudio por alguna razón, aparte de las evidentes. Algo me ha traído aquí. No sé si me explico.

—Por ejemplo, el amor hacia alguien es una ilusión. El amor es sólo de quien ama, autoprovocado. Y si no... ¿por qué nos enamoramos y nos desamoramos de una misma persona a lo largo del tiempo? Es la misma persona. Cambia nuestra mente, ajena e inconexa.

—No, no sólo es la esencia de muchas filosofías orientales. También es una idea muy actual en la física moderna, la biología, y la ciencia en general. Ahora, psicólogos, biólogos, físicos, matemáticos, filósofos, informáticos... todos están revueltos y mezclados intentando entenderse. ¿Que por qué? Hasta ahora lo han estudiado todo en piezas sueltas y pequeñas, separándolas del resto. Y no saben como interactúan las piezas entre sí. Se han dado cuenta ahora que todo es un continuo, que la división del universo en materias y conceptos sólo es algo que está en nuestras mentes, no ahí afuera.

—Sí, resulta gracioso. Nos enamoramos de nosotros mismos. Ya sabes. Cuando llegues a tu casa, dile a tu novia que ella no te genera ningún amor, y que cualquier día, por caprichos de tu mente, se puede terminar apagando.

—Si, tienes razón. Yo creo que lo que nos lleva a actuar egoístamente es la ilusión de creer que, de algún modo, somos unos yoes diferentes y separados del resto. El YO es una ilusión autofabricada.

—No, no creo en ese amor romántico, desesperado y patológicamente dependiente del otro. Creo en la cooperación, la reciprocidad de dos cuerpos seguros y autosuficientes por sí solos. Sólo dos nodos bien diferenciados, íntegros, autónomos y emancipados, podrán conectar entre sí.

El primero en terminar la sesión pictórica fui yo. Con mi permiso, el artista quirúrgico fotografió mi brazo para inmortalizar su trabajo en el álbum del estudio, con todos los demás. Después de extenderme una pomada y darme algunas consignas para el cuidado de la zona

tatuada, le pagué lo pactado en caja, mientras seguía mirando desde el mostrador aquel misterioso cuello sin rostro, y su casi acabado símbolo sobre la conexión.

Un día, sin embargo, dejé de sentir.

2. Interacción Con Un Campo Magnético y Principio De Superposición

Como un agujero negro resplandeciente, aspiraste toda mi energía emocional dejándome lívido y macilento. En cambio, tú, risueña y cándida usurpadora que te alimentas de sentimientos ajenos, te encendiste como una luciérnaga absorbiendo todo mi brillo. Yo iba camino de la Biblioteca, sumido en la canción The Guilt de Migala de mi minúsculo reproductor digital. A mi alrededor, seres humanos inertes pululaban pendiendo de hilos a modo de tranvía, conteniéndose las lágrimas, como siempre. Los hombres, temerosos, recubrían su miedo con músculos engordados a base de gimnasio, y las mujeres, contradictorias, se batían en una lucha mortal con sus minifaldas, estirándolas hacia abajo cuando ya no daban más de sí. Después de recorrer la calle peatonal que nacía en la Catedral, se desplegó ante mí la plaza de los árboles gigantes. Tú te acercabas perpendicularmente por tu raíl, por el Este, a lo lejos, hasta que tu trayectoria se volvió oblicua y recorriste la hipotenusa para unirme conmigo en el mismo vértice, dejando dentro del triángulo a los centenarios Ficus. Parados, con el semáforo en rojo, esperábamos nuevas instrucciones circulatorias del Playmóvil bicolor, ajenos a nuestra inminente historia. Nos adentramos en el paseo abrigados por la alargada bóveda de hojas ocres, amarillentas y verdosas, por donde se filtraban haces de luz anaranjadas, en un mosaico caótico y variable como proyectado por un calidoscopio embriagado. Ibas andando a mi lado y, antes de girar la cabeza para mirarte, ya noté una extraña atracción que se solapaba sobre mi amor impersonal. Andábamos a la par, como si estuviéramos en un desfile chino y nuestros movimientos estuvieran perfectamente sincronizados. Por alguna extraña razón, ninguno adelantaba al otro. Sin embargo, lejos de producirnos incomodidad o tensión, nos

producía una excitación recíproca que, al ser por mutuo acuerdo, interpretábamos como emocionante y divertida. La calle se había quedado vacía e inmortalizada, quieta, como en una fotografía. Éramos dos seres animados inmiscuyéndonos en un cuadro plano, pintado con témperas. Ni siquiera percibía la tercera dimensión. Tú eras donde empezaba y acababa mi segunda y última dimensión. Estaba convencido de que tú también escuchabas mi canción, a pesar de notar el tacto de los auriculares en mis audífonos cartilaginosos con el movimiento. Mi déficit visual para la lejanía, no era corregido por lentes algunas, olvidadas en mi casa inconscientemente a propósito, para no ver las mismas calles de siempre, los mismos edificios de siempre, la misma ciudad de siempre. Cuando te miraba de reojo, en cambio, te apreciaba nitidamente, tras un fondo enturbiado y borroso. Tu cara reflejaba todo fotón circundante, y cuando atisbaba de soslayo tu media cara de perfil, el resto del fotograma se quedaba velado. Era tal tu palidez en la piel, debido a la absorción de energía cercana, ya fuera luminosa o emocional, y tan oscuras tus ropas y tu pelo, que mi postal lateral se volvía de un nostálgico blanco y negro cuandoladeaba la cabeza para calcarte en mi retina. Cuando volvía a mirar al frente, volvía el color rutinario y difuminado. Para escarbar un túnel a la desidia, y salir a la superficie, sólo tenía que torcer mi cuello noventa grados. Una fuente grande y redonda nos hizo divergir por caminos separados, pero confluentes, que rodeaban el minúsculo océano encementado. Como dos imanes con polaridades opuestas aunque complementarias, volvimos a converger en un mismo punto cuando, ambos, en actitud cooperativa, cerramos el círculo magnético.

Un Playmóvil rojo en una pantallita, nos obligó a detenernos, antes de salir del parque redondo. La carretera estaba desierta, y la gente cruzaba desobedeciendo la ley peatonal y optando por la norma social intrínseca de la mayoría. Pero nosotros dos, nos quedamos allí parados, solos pero acompañados, sin valor para desconectar el eje que movía nuestras dos ruedas. Sabíamos que, si uno de los dos salía por cuenta propia, con el semáforo en rojo, el otro se quedaría descolgado. El verde era como una señal que nos daba pie a seguir con nuestra sincronía armónica y rítmica: era el compás que necesitaba nuestra melodía para continuar. Así que, tras un breve interludio, otro Playmóvil verde con una batuta orquestal en la mano, nos dio la señal para ponernos en movimiento y cruzar a otro círculo

enlosado concéntrico, en un punto y seguido reconfortante y esperanzador. Y como dos notas consonantes inmersas en una canción, o como dos fotogramas en uno solo, volvimos a interactuar para proseguir con nuestra misteriosa relación musical y cinematográfica, rodando sobre un mismo vehículo y guiados por lo desconocido. Quedé tan subyugado a nuestro embelesador cortometraje, que comencé a vislumbrar como nuestros cuerpos estaban entretejidos por jirones rizados de aire. Nuestros átomos, comenzaban a volatilizarse temblorosos. Nuestras pieles contiguas, se derretían relampagueantes. Y nuestras ropas, se deformaban y se distorsionaban gasificadas en un líquido flotante y zigzagueante aproximándose a las del otro, mezclándose los colores en el centro del espacio que nos separaba segundos antes, y formando tonalidades nuevas y continuamente variables. Los edificios y farolas, en un segundo plano, se curvaban hacia nosotros como juncos flexibles, y nos arropaban la escena envolviendo el camino.

3. Postulado de Simetrización: Principio de Exclusión de Pauli

A partir de entonces, ya no sentía nada, pero no podía dejar de pensar en ti, aunque sólo hubiera podido rastrear tu perfil. Sólo tenía en mi cabeza tu media cara resplandeciente, tu media nariz fina y huesuda, tu oreja rosada, e intuyéndote simétrica y no desfigurada por la otra parte, dupliqué tu lado conocido para tenerte completa. Aun así, ya no siento ese enamoramiento por nadie. Apático, inerte, lábil, plano... ante todo. Ahora sólo tengo una imagen, un recuerdo, sin emoción alguna asociada. Sólo pienso en tus aéreas proporciones, en tus facciones de perfil, tu gesto peculiar, tu travieso desenfado... Cuando me miro en el espejo, sólo te veo a ti. Mi química no fluctúa ni secreta: no reacciona, pero te vislumbro reflejada por todas partes: en la calle, en televisión, en mi taza de café, en mis sueños... Tu susurro lanoso reverbera en todas las cavidades internas y externas, y lo oigo detrás de ruidos y algarabías. Quebrantas las leyes del sonido y oigo en el vacío tu muda cadencia.

Desde aquel día, por mis venas, sólo agua roja. Por mis pulmones, sólo aire enrarecido. Por mi garganta, sólo gritos secos y huecos que tan

siquiera se vuelven eco. Desde entonces, sólo salía a buscarte, para que me devolvieras mis flujos emocionales, succionados. Desde entonces, sólo te perseguía. Y pensaba: “Si algún día me encontrara contigo de frente, quizá mi puzzle terminaría por completarse. Tu otra mitad tal vez me devuelva lo que es mío: mis sentimientos, aunque ya estén tan viciados por ti, que nunca puedan disociarse de tu semblante. Cuando te vuelva a ver, volveré a sentir.”

Fue entonces cuando te vi en el autobús.

4. El Cuerpo Radiante y La Constante De Plank

Iba colgado de la barra del bus, sujetando todo mi apático cuerpo con el brazo para no caerme al suelo, víctima de la pesada rutina, desidiosa, anquilosada. Aplastándome los pulmones y amordazando cualquier movimiento, un hervidero de caras sin rostro me invitaban a suicidarme. Agonizaba sin dolor, muerto antes de morir, enlatado en una celda con ruedas asediado y cercado por mi propia especie; una muchedumbre de entes móviles aprisionados en un vagón nazi de exterminio de judíos, asfixiados y demacrados, robándonos el aire los unos a los otros; un gentío emborronado y nebuloso en donde no se pueden distinguir a seres individuales y todos son uno sólo; vestidos con las mismas ropas, los mismos cortes de pelo y rellenos del mismo llanto no precipitado. Todos en pose de vivos. En un primer momento, de frente, no te adiviné, hasta que el acordeón con ruedas se encogió para tomar una curva y el nuevo ángulo de visión te mostró de perfil. Surgiste con una llamarada nívea, de entre el tumulto; eras una persona, la única persona definida del autobús. Eras aquella mitad hilvanada conmigo por fusión nuclear en aquel paseo grabado en Super 8: el formato de los recuerdos. Al encararte, un fogonazo se estrelló de lleno en mi cara. Tu luminosidad me encandiló de tal forma que tuve dificultad en mirarte, pues no llevabas ni máscara ni disfraz. Cuando, después de frotármelos, mis ojos se acomodaron a tu irradiación blanca y resplandeciente, pude contemplarte en breves lapsus de tiempo, entornando los párpados para no cegarme, con el pudor y la insolencia de alguien que teme ser descubierto. Primero,

temía que interceptaras mi mirada, pero después, te buscaba los ojos para comunicar con tu centro consciente, y telegrafiarle el conjunto de sensaciones que me evocabas.

Lo que me gustó de ti es que, a pesar de tener una cara preciosa, ibas sin maquillaje, sin ropas de moda, rimbombantes o llamativas. Tus ropas eran sólo para abrigarte y acariciarte, tus ropas eran perfectamente corrientes, gastadas por su uso y utilidad. Todos de carnaval y a ti no te había dado la gana de disfrazarte esa tarde. Por eso, al no ir oculta dentro de ti, eras doblemente preciosa, porque dejabas salir toda tu naturalidad. Si te hubieras ocultado detrás de opacos complementos, detrás de mil adornos obligados por la moda para huir de una misma, revestida con una capa de gasóleo en polvo coloreado, y unas gafas descomunales y ciegas, te aseguro que no hubiera percibido la más mínima longitud de onda. Pero eras tan austera, minimalista, modesta, como si quisieras menoscabar tu belleza física para que se fijen en otras cosas, que llamaste toda mi atención, y todas mis veletas neuronales apuntaban hacia ti por unanimidad. Ganaste por mayoría absoluta, te lo aseguro. Encendiste todas mis neuronas a la vez, y todas levantaron la mano para pronunciarse, al borde de la isquemia cerebral; todas querían decirte algo a la vez, como si hubieras quitado la pirindola de una olla a presión. Trascendías cualquier etiqueta, cualquier tribu urbana, cualquier tendencia. Sólo eras TÚ: Con tus pequeños pendientes negros que te hacían más bonita, pero sin taparte, con tu camisa atemporal y tus zapatos de montaña, de invierno, llenos de barro, como si te resbalara que El Corte Inglés nos hubiera dicho que “Ya es primavera”. Tu belleza sin filtros, me dañaba dulcemente los ojos como mirar al sol, como mirar los rayos ultravioleta sin capa de ozono: aunque nocivos, espléndidos. Aunque me hubieras destruido todos los sentidos, merecía la pena tu vivencia, como un nuevo y fascinante planeta inhóspito y mortal, que hay que presenciarlo, aterrizar en él, aunque te reviente los tímpanos, te quemee los ojos y te derrita la piel.

Sostenías una escueta carpeta de cartón azul marino, sin plastificar, sin adornar con fotos como si fuera una carta de presentación de mitos a los que uno adora para rellenar un ego tan duro y tan hueco como una nuez vacía. Pegada a tu carpeta, sujetabas un libro que no parecía académico, cuyo autor no pude retener debido a su procedencia asiática. “¿Quién si no alguien especial puede leerse una novela en los descansos de las solemnes clases magistrales?”: me dije.

5. Momento Dipolar Magnético: Cuantización

Me devolviste lo que era mío, aunque impregnado y corrompido por tu esencia. Por primera vez, imagen y emoción eran indivisibles, enlazados con hilos de acero. Formábamos un círculo perfecto. Tu presencia me generaba un torrente emocional incontenible por el lado izquierdo, y mi emoción, proyectada sobre ti, a su vez, la absorbías por mi derecha para brillar más. Y cuanto más brillabas, más emoción. Y cuanta más emoción, más brillo: una fuente de energía no sólo renovable sino creciente por sí sola. Hasta que el conductor pisó el freno y perdimos el equilibrio, rompiéndose nuestro circuito electrónico de aceleración de partículas. Habíamos perdido el contacto visual, aunque mi batería, anteriormente vacía y oxidada, lucía un vibrante fulgor cargada de electricidad emotiva. Había sido la primera vez que alguien había birlado mi amor, parta después devolvérmelo con creces.

Era la primera vez que mi amor se debía a alguien: un dueño que no era yo, aunque residiera en mí. Me resistía a pensar en la imposibilidad de comunicártelo. Me aterrorizaba la idea de tu amor atrapado en mi cerebro para siempre, aislado, a años-luz de ti, sin tú enterarte de nada. Era algo tuyo, y me resultaba impúdico llevármelo todo para mí sin tú darte cuenta, como un vulgar carterista.

6. Relatividad Atómica

Ojalá existiera una civilización en la que la gente se conociera por lo que le inspira, en vez de por situaciones sociales regladas y protocolarias. Debería existir un lugar en donde fuera normal que una persona parara a otra por la calle para hacerle ver todo lo que ésta le ha suscitado; tomarse un té con una viandante que te ha causado mucha curiosidad. En las películas sucede, por lo que en el subconsciente colectivo debe ser un deseo, un sueño anhelado por todos.

Si relativizamos, podemos ver que es una tontería. Con la cantidad de tragedias, de cosas terribles que te pueden pasar en la vida, que suponga un problema decirle algo a una persona que no conoces, es absurdo; pero el ser humano es un poco absurdo y contradictorio, y a

veces se pierde en nimiedades y no despierta hasta que le pasa algo verdaderamente traumático. Y sin embargo, no hay nadie capaz de hacerlo, a no ser que vaya borracho o drogado y se encuentre en una lúgubre discoteca. ¿Por qué no podemos conocer a personas a la luz del día en la cotidianidad de un autobús entre semana? ¿Por qué no podemos corresponder a quien nos ilumina? ¿Por qué no puedo ser tu espejo? Yo ni siquiera me había tomado una maldita cerveza.

7. Principio De Incertidumbre

Estaba yo sólo contra mi miedo a no volverte a ver jamás, contra la premonitoria posibilidad de que mis sensaciones se diluyeran en la soledad de mi subjetividad, y murieran incomunicadas. Cuando te bajaste del autobús, me bajé detrás de ti por inercia, sin pensarlo. Quizá, si lo hubiera pensado, me hubiera quedado catatónico y hubiera seguido mi viaje pendiendo inerte de aquel barrote, triste, con mis esperanzas ahorcadas, divisando como te alejabas y desaparecías. Pero mi cuerpo se movió sin yo darle la orden, y me quedé detrás tuya, nervioso pero contento por seguir sabiendo de ti. ¿Y ahora qué? Ibas acompañada. Aunque hubieras ido sola, me hubiera sentido incapaz de haberte dicho nada. Además... ¿qué te hubiera dicho? ¿Cómo describirle a una extraña a viva voz todo lo que te estoy escribiendo aquí? No es lo mismo hablar en vivo y en directo, teniendo que procesar una frase en décimas de segundo, que escribir de forma tranquila y reposada, sabiendo qué es exactamente lo que quieres expresar.

Os quedasteis en la parada y pensé que cogerais otro autobús para ir a alguna pedanía. Cruzasteis la carretera y os metisteis en un supermercado. Arranqué un folio de una libreta, y me puse a escribirte lo primero que se me pasó por la cabeza, y me vino a la mente la letra de la canción de Migala, la cuál sabía de memoria, pues describía justo la situación contra la que estaba intentando luchar.

Si pudiera sucumbir por un minuto al desastre cotidiano, dejarme, dejar de sujetarme... Supongo que entonces sería posible chocar con una de esas extrañas con las que me cruzo por la calle y tener una premonición de felicidad. Pero ahora, es seguro que no puedo, y quizá

es por ello por lo que cada noche aparece un fantasma, para mecer mi estúpida culpa, y el camino de ellas se torna un círculo de fuego. Y cuando por fin logro dormirme, es siempre el mismo sueño: arena cayendo rápidamente por una campana de cristal. La arena tan limpia. El cristal tan frágil.

aenima

La terminé a toda prisa, pero no salíais. Me levanté y me acerqué a la entrada para mirar dentro: ni rastro. Mis peores presagios parecían cumplirse. Debíais haber salido por otra puerta. Me sentí abatido. Por una vez que había decidido hacer algo tan desafiante conmigo mismo... va mi reto y me deja plantado, dejándome caer sobre mi peso como un menhir mastodóntico.

Estaba muy lejos de casa. Me di una vuelta con la estúpida creencia de volverte a encontrar, pero estaba claro: te habías evaporado. Supuse que debías haber salido por otra puerta del supermercado. Con un barrido visual eterno, un travelling desde el desolado suelo, la realidad se desplomaba sobre mí con pies de cemento. Era imposible encontrarte. Ante mis lánguidos ojos, una colmena inmensa de medio millón de habitantes en la que te habías sepultado profundamente, sin dejar rastro. Sin embargo, en mi subconsciente, me resistía a pensarlo, y tenía una sensación ambivalente: por una parte lo veía imposible, y por otro lado sentía que estabas cerca, como si, andando, pudieras volver a surgir. Y cuando ya iba a torcer mi rumbo para dirigirme en línea recta hacia mi casa por la gran avenida, me topé contigo y tus amigos; sentados en un banco saboreando la comida comprada minutos antes como si cualquier cosa. No daba crédito a mis ojos, cuando ya te daba por desaparecida. Podía haber tomado mil caminos, mil calles, pero pasé por esa. Qué satisfacción de volver a verte y qué temblor de piernas al mismo tiempo. Me volví a sentar en un banco que os daba la espalda, y te seguí escribiendo. De repente miré hacia atrás y vuestro banco estaba vacío. Eras como un fantasma tierno y juguetero que estaba travesando con mis ilusiones. Si después de haberte escrito un folio entero de banco en banco, te me pierdes, menuda frustración. Me levanté con un latigazo medular, y giré la esquina movilizando toda mi energía intuyendo que debías haber echado a andar por la gran avenida que lleva a la ciudad. Y a lo lejos... allí estabas.

6. Efecto Túnel

Me sentí ridículo y estúpido, incluso me pareció que os habíais dado cuenta de mi idiotez, pero ya me daba igual. Hay un momento en el que ya no te puedes sentir más imbécil, y a partir de ahí, te da lo mismo, y es en ese momento cuando te empiezas a sentir fuerte y libre, sin miedo. Caminé tras de ti con paso acelerado y vibrante, y por fin llegué a tu altura, gracias a un semáforo que os impedía proseguir. Todavía llevaba el lápiz en la mano. Y te di, asombrándome a mí mismo, tranquilamente, mi desvaído trozo de papel con un leve rastro de mis sensaciones transcritas con carboncillo a grafemas y palabras. Mis nervios, exhaustos de tantas descargas sinápticas anteriores, descansaban en ese momento para reponerse. Y me volviste a cegar, pero entonces, de manera más intensa, pues el deslumbramiento procedía de tu centro más interior. Ni extrañada, ni bloqueada, ni ruborizada, ni escéptica. La humildad, espontaneidad y dulzura más arrolladoras e hipnotizantes.

—Te he escrito esto. Es para ti —depuse con pasmosa tranquilidad—.

—¿Para mí?... GRACIAS - respondiste—.

Agradecida e infinitamente terrenal, acogedora, familiar, pero al mismo tiempo, con la magia de alguien que no pertenece a este mundo y se siente halagada de que un extraño le haya escrito algo. Eras la primera persona que veía desde hace tiempo, como si los de tu especie se hubieran extinguido, como si hoy en día, un humano “humano” fuera un extraterrestre que se avista muy de vez en cuando. Hay extraterrestres viviendo en la Tierra. Ahora lo sé. Y no hace falta mirar al cielo para buscar ovnis. Me sentí como si tú ya supieras de toda mi odisea anterior, y estuvieras esperándome. Como diciendo: “Por fin has acabado tu escrito. Trae para acá tonto, que tampoco es para tanto”.

5. Energía Química De Moléculas Diatómicas

Continué mi camino con mi cerebro supurando adrenalina a borbotones, y me sentí tan ligero que parecía flotar. Me sentía tan espléndido por haberme superado a mí mismo, a mis propios yugos y cadenas, que si hubiera pegado un gran salto habría salido volando.

En ese momento era capaz de todo. Todo era posible. Solo tenía que elegirlo, desearlo y lo conseguiría. Yo era un símil de Neo cuando puede quebrantar las leyes físicas de Matrix a su antojo, cuando puede conseguir todo lo que se proponga su mente. “He liberado mi mente”: me dije en un tono triunfante. Había sido totalmente libre por unos segundos, y todos los coches, todas las personas de alrededor, de dudosa veracidad, se habían quedado congeladas, petrificadas. Sólo me movía yo como una nebulosa gaseosa sin límites, sin moldes, sin constricciones.

4. Superposición de Estados Estacionarios

Cuando creía volar, unos golpecitos en mi hombro me devolvieron al suelo en un aterrizaje forzoso. Era ella, con el ritmo respiratorio notablemente acelerado. Estábamos plantados, enmudecidos, en un semáforo que da paso al centro de la Plaza Circular, con la gran fuente regando hacia el cielo siguiendo una secuencia que denota inteligencia, no fruto del azar. Entonces no divergimos, andamos por la curva del mismo semicírculo hasta que, a su mitad, nos sentamos en un banco, y me susurraste en un tono casi inaudible.

—Acabo de leer tu poesía. Es preciosa. No sé qué decirte, pero tenía que decirte que no sé qué decirte.

—Supongo que no estamos preparados. Tampoco yo puedo darte una explicación. Pero me siento bien —le contesté sin tropiezos—.

—Hay cosas que no necesitan explicación, supongo —amortiguó mi falta de concreción—.

—¿Qué libro es ese que llevas?— reanudé la conversación inteligentemente—.

—*Tokio Blues*. Es uno de los mejores libros que he leído nunca. No quería que se me acabara, pero hoy no he podido resistirlo y al final me he leído todo lo que me quedaba.

—¿Te gusta mucho leer? —hilvané con audacia, para evitar un silencio —.

—No sabes cuánto. Es una enfermedad —me contestó arqueando las cejas—.

Al sentarme, la manga corta de mi camiseta se estiró hacia arriba apareciendo un trocito de “independencia”.

—¿Es un símbolo kanji?— me preguntó con asombro, obligándome a descubrirlo por completo—.

—Sí— dije rascándome la cabeza con timidez—.

—Siempre me gustó la cultura oriental, y sus escrituras. ¿Qué significa?

—“Independencia”. ¿Te gustan los tatuajes?— añadí para cambiar el foco de atención—.

—Sí, aunque no la gente que suele llevarlos, por moda o por estética.

—¿Tú llevas alguno?— inquirí con curiosidad—.

Muy decidida, como orgullosa de enseñármelo, me dio la espalda, se echó el pelo hacia delante y me descubrió su nuca.

—Es un símbolo chino. Significa...

—... “conexión”— agregué para completar su frase—.

Dejó caer su pelo, y se dio la vuelta lentamente, para mirarme fijamente con tanta incredulidad como sorpresa, mientras latían unos largos segundos de silencio.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues... sé el significado de algunos... ya sabes... algunas palabras que me llaman la atención. “Dios, es imposible que sea la misma chica del estudio”: pensé.

—Vaya... Me parece increíble— dedujo fascinada soltando el aire lentamente—..

—Ha sido casualidad. No me los sé todos, claro. Mmm... ¿has visto Matrix?

—Sí.

—Tu símbolo “conexión” te lo has tatuado justo dónde los humanos llevan la bioconexión que los conecta al programa virtual simulado.

—Sí. Es cierto. No lo había pensado. Qué curioso. ¿Tú crees que estamos conectados a una alucinación informática o algo parecido? Quizá Matrix te haya puesto en mi camino para darme esa poesía y hacerme sentir especial. La gente que se siente especial no se rebela.

—Creo que cada persona genera su propia distorsión de la realidad, su propia fantasía, su propia Matrix. Hay tantas Matrix como cabezas, ¿no crees?— le hice reflexionar—.

—Sí, puede ser. A fin de cuentas, quizá, la realidad de ahí fuera no exista por sí sola, sin una interpretación.

—Se me hace extraño haber elegido a quién conocer. Es como vencer al destino.

—¿Sabes?... No soy nadie especial. Me halaga, pero me considero bastante normal. Sé que es tu interpretación, tu matrix, pero yo no me veo como tú me ves.

—Cuando dices que no eres especial, eso te hace especial. La normalidad, hoy en día, es muy especial. Tengo que darte una mala noticia: “no estás de moda”— le dije contagiándole mi sonrisa—. Los seres triviales y comunes ya no existen. La belleza de lo simple y accesible, la belleza sin disfraz y sin coraza engreída, sin armadura defensiva de cosmético y burka acristalado de Versace, es un anhelo irrecuperable, extinguido.

De la monumental biblioteca hasta mi casa hay veinticinco minutos de caminata, aunque a mí me parecieron veinticinco segundos. Podría haber estado horas y horas andando deleitándome con la grata sensación producida por mi chute de adrenalina autoprovocada. La gente se droga y se emborracha, cuando las mejores sustancias están en nuestro cerebro. Me tiré al vacío haciendo puenting, pero sin cuerda que me atara, y me quedé suspendido en el aire, con millones de puntos suspensivos circulando por mis venas.

3. Renormalización De La Función De Onda

Sumidos en la fantasía cinematográfica del encuentro, nos despedimos sin ni siquiera habernos preguntado los nombres. En el folio con mi

poesía, no le puse un teléfono o un correo electrónico. No me parecía elegante. Ni siquiera lo firmé, aunque puse un seudónimo estúpido que acostumbro a utilizar: “aenima”. Y en nuestra conversación, ninguno quiso romper el sugestivo hechizo con fríos datos estereotípicos. Seguíamos siendo dos almas perdidas nadando en una inmensa pecera. Seguíamos siendo dos ínfimos puntos sobre un gran tablero de infinitas posibilidades, vistos desde el cielo.

2. Ensanchamiento Por Efecto Doppler y Colisiones

Si era cierta su teoría de la conexión, entonces estaríamos los dos atados por una cuerda invisible y elástica, y en algún otro momento, cuando se hubiera estirado al máximo, se destensaría bruscamente hasta abrazarnos. Y si resultaba que no existe tal conexión en el universo, habríamos de tentar a la suerte; hasta nuestro próximo encuentro, hasta nuestra próxima colisión, como dos bolas de billar en constante movimiento, sobre una mesa kilométrica, que de vez en cuando, fruto del azar, se tocan.

Mientras el tiempo esparcía sus segundos como semillas, sólo me cabía esperar a que alguna de ellas floreciera y nos uniera otra vez.

Un jueves cualquiera, mi esqueleto autómatas pululaba por las calles sin rumbo, con mi mente enjaulada en sus subjetivas cavilaciones, cuando una olvidada librería aterrizó ante mí, y me pidió que le abriera la puerta dándome tres aldabonazos en la cabeza. La única vía comunicativa, el único portal, el único puente que podía tender hacia ti, era aquel intrigante libro titulado Tokio Blues. Se trataba de poder guardarte un secreto que tú me habías confiado, se trataba de adentrarme en un recóndito lugar donde tú ya habías estado. En las calles de Tokio quizá pudiera encontrar alguna leve estela, algún mínimo rastro, pista de ti. O por lo menos, tal vez alguno de los personajes que habitaban entre metáforas y adjetivos, me hablara de ti.

La entrañable y presta anciana, acaso agradecida porque alguien hubiera entrado a visitarla, me buscó afanosamente, no sin la requerida dosis de incertidumbre, un posible ejemplar de la novela en los crujientes estantes. La servicial y añeja dependienta, se perdió por el fondo, y con ella, sus pasos. Al cabo de un buen rato, volví a sentir,

detrás de los grandes muebles, sus zapatos repiquetear contra las quejumbrosas tablas del suelo, pero con una cadencia más acelerada y decidida, en progresión sonora ascendente. Con una dulce sonrisa, y emanando orgullo y satisfacción por ser la dueña de tan polvoriento, roído, aunque útil establecimiento, apareció con el libro en la mano. Parecía una abuela que sólo quiere darte en el gusto cuando vas a verla, y te ofrece todo lo que tenga y más. Después de pasarle un trapo con tan arrugadas y delicadas manos, dejó correr todas las páginas con el dedo pulgar queriendo darle notoriedad a cada una de ellas y, recreándose en el momento, como si cada libro fuera un hijo suyo, me lo metió en una bolsa de tosco papel reciclado.

1. Sistemas Gravitacionales y El Límite De Chandrasekhar

Y sé que debes ser una persona como tantas, como yo, que al fin y al cabo tampoco somos tan originales, pero distorsionar e idealizar a veces es necesario para sobrevivir. La fantasía y la ensoñación forman parte de la vida. Y quién sabe... A veces la realidad puede superar a tu imaginación, a tu ideal preconcebido, y una persona en la rutina, puede encandilarte más que en tus sueños. Por eso quise saber más de ti.

Durante meses tuve la sensación de estar viajando en espiral hacia ti, contigo en el centro, pero nunca más llegué a tocarte. Puede que nos quedáramos cerca..., a unos metros..., a unos segundos... de volver a chocar y sintetizar otro momento indivisible. Seguro.

Pese a todo, me presentaste a Naoko, Reiko, Watanabe, Midori..., los mágicos personajes del mejor libro jamás imaginado, pues ni siquiera tuve que leerlo, ni siquiera tuve que ir de izquierda a derecha descodificando palabras; se desplegaban en mi habitación las imágenes con tan sólo abrir el libro, y conforme pasaba las hojas, las escenas cobraban movimiento.

0. Principio De Indeterminación

Ya nunca más te volví a ver. Poco a poco, tu imagen se fue diluyendo en las profundidades y disociando de mi sentimiento. Desde aquella improvisada despedida en aquel banco bifurcado, mi esperanza de

volver a encontrarte se fue apagando y enmoheciendo. Lentamente, todo volvió a ser como antes.

Enamorado de nadie. Me levantaba por las mañanas con ese gusanillo correteando por mis venas, travesando por mi barriga, retozando por mis pulmones y mi garganta. Sin señal alguna, sin rostro alguno, sin nombre. De nadie.

Epílogo.

Teoría De Las Supercuerdas o El Horizonte De Sucesos En Una Singularidad Curva

Mi relato bien podría haber finalizado ahí, completando una estructura tan llamativa y actual como la circular. De hecho, en un principio, así era, sin este anexo prescindible. Las cosas simétricas, que terminan igual que empiezan, son sugestivas para la mente humana. Nos gustan las cosas encapsuladas, cerradas, aquellas que sólo albergan una lectura posible, y si son capicúas, mejor. Nos fascinan los palíndromos tanto como explorar el espacio exterior, coleccionar orquídeas o descubrir una nueva ley natural. Nos incomodan y nos generan cierta inquietud las historias con final abierto, o con varias interpretaciones. La inconsistencia nos produce desasosiego, como ocurre en aquellas figuras imposibles de Psicología de la Percepción. De ahí que haya optado por separar este capítulo en forma de epílogo, pese a no ser un epílogo en toda regla. Más bien, se trata de un final paralelo, que me he visto obligado a añadir debido a los sucesos acaecidos con posteridad, los cuáles, paso a narrar sin más dilación. Podría haber trascendido el círculo con infinitas tangentes ficticias, pero sólo os contaré, a modo de documental autobiográfico, lo que me ocurrió en la menoscabada realidad.

Pasaron unos meses desde aquel misterioso encuentro. No se me ocurrió otra cosa que escribir, literalmente, todo lo que me había pasado con aquella humilde extraterrestre. Su realidad era más increíble que cualquier cosa que pudiera inventar. A menudo iba a la biblioteca a pulir, corregir, y modificar mi relato en ciernes. Me nacía de dentro la necesidad de escribir, y tenía la ilusa premonición de que,

si resultaba seleccionada para su publicación, algún día la leerías y volveríamos a conectar. Te habías esfumado, y sólo me quedaba la posibilidad de fijar nuestra pequeña historia en papel, para que no corriera la misma suerte.

Una bochornosa mañana de junio, acudí, fiel a mi cita diaria, a mi despacho público sin tabiques divisorios ni cafetera para mí solo, aunque rebosante de libros intactos y deudados destrozados y señalados con miles de grasientas huellas dactilares. De vez en cuando, me distraía observando los tics nerviosos de la gente, todos singulares, diferentes. Pero enseguida volvía a ti, para esculpirte, moldearte con mis manos y un bolígrafo. En la hora del ceremonial descanso, cogí mi montón de hojas arrugadas y me dispuse a salir para despejarme y así echarles un vistazo desde otra perspectiva, a la luz del sol (a veces, la luz del sol, me ilumina cosas que antes no adivinaba con la luz de los tubos de neón). Antes de bajar, me dirigí hacia los discos de música para buscar la banda sonora de Sweet and Lowdown, de Woody Allen. Mientras claqueteaba con las cajas compactas en una exhaustiva inspección, divisé, a través del espacio entre estanterías, una fila de personas enfrentadas a la tecnología de una hilera de pantallas de ordenador. Dejé de golpear la música, y me quedé meditabundo y paralizado. Te habías cortado el pelo como si fueras un niño travieso, y tu cuello, lucía sin complejos el motivo de nuestra eterna unión. Dicen que el universo no tiene extremos, fronteras, sino que es curvo, y si andas en una línea infinita, al final le das la vuelta y apareces por el mismo sitio. Quizá nos separamos tanto que al final volvimos a toparnos en un mismo lugar. Me acerqué con más asombro que miedo, y me situé detrás de ti, con el relato en la mano y la extrañeza en la cabeza. En ese momento me sobrecogió una clarividente sensación: mi relato no estaba acabado, y quién sabe si sería interminable e imposible de transcribir. Me sentí dentro de mi propio relato. Era el protagonista de lo que me faltaba por escribir. No podía discernir entre lo literario y lo real. Estaba dentro de los mismos folios que sostenía con mis dedos. A mi derecha, a mi izquierda, por arriba y por abajo, no aparecían ni objetos, ni imágenes, ni colores, sino las palabras que las representaban. En vez de ceros y unos, como sucedía en Matrix, veía una matriz literaria inmensa compuesta por las veintinueve letras del abecedario. En vez de una nuca, veía la palabra “nuca”, en vez de una mesa, veía la palabra “mesa”, con esta misma tipografía, y en vez de la luz solar que entraba

por la gran cristalera, veía una nebulosa de pequeñas palabras “luz” temblando y ondulando en cascada sobre el vacío.

Como llevaba las gafas puestas, pude enfocar mi mirada y posarla sobre tu monitor. Estabas escribiendo un correo electrónico. En la casilla del destinatario, habías tecleado multitud de direcciones. Cada una iba dirigida a un servidor diferente (mixmail.com, hotmail.com, latinmail.com, yahoo.es, ono.es...), aunque, en todas, el comando principal antes de la arroba, era el mismo: aenima.

Intentabas contactar conmigo jugueteando con el azar, aunque siguiendo un criterio lógico, pues “aenima” era el seudónimo con el que firmé aquella canción improvisada. Casi aciertas, sólo te faltó añadir un “78” a esa seudopalabra. Era la primera vez que iba a ser testigo de cómo alguien me escribía una carta en el mismo momento de teclearla, como si pudiéramos ponernos detrás de nuestro escritor favorito todas las noches e ir leyendo la próxima novela poco a poco, mientras la escribe. Debía memorizarlo una vez acabado, pues ese correo iba a naufragar en las catacumbas de la red una vez enviado. También memoricé tu dirección, para responderte cortésmente. Mientras acariciabas las teclas con la delicadeza de una pianista, yo iba leyendo, aunque entrecortadamente, debido a las numerosas frases que rectificabas o simplemente borrabas, para volverlas a empezar.

Una vez terminado, y después de repararlo un par de veces, lo enviaste a todas esas direcciones erróneas. Me di la vuelta, y seguí con mi mecánico y repetitivo ritual melómano, aunque con más brío que antes. Ahora pasaba los discos con un dedo índice más enérgico, más desenfadado, jovial, hasta que... “¡bingo!, aquí está”.

Cuando recibiste mi mensaje electrónico, quizá no te diste cuenta de que mi dirección no era exactamente la que tú habías puesto, o tal vez, no le diste importancia, porque nunca me preguntaste nada. Ahora ya lo sabes.

Estuviste de acuerdo en no charlar digitalmente mediante una ventana pixelada, y así no caer enredados en dos telarañas distantes y aisladas, por lo que, a las primeras de cambio, nos vimos cara a cara, mirándonos a los ojos, para trascender a la tecnología y reconciliarnos con la naturaleza humana. Todo esto sucedió hace unas semanas. Y hasta ahora, esto ha sido todo. No ha habido tiempo para vivir los siguientes capítulos de esta historia, aún por escribir, contigo.

2

Pequeñas Teorías del Cuento

Jorge Martín Mora

ACCÉSIT

Teoría del cuento nº 0

Nada de nada, no lamento nada. No es lo mismo el vacío que la nada. No es igual una hoja vacía que ninguna hoja. La hoja vacía es la posibilidad, puede que remota, del cuento, de la creación de materia a partir de la energía o la palabra. No es lo mismo tener un cuaderno vacío que no tener cuaderno. El futuro siempre existe en la sucesión de pequeños presentes. Saber chocar con algo y continuar en otro sentido o desaparecer para convertirse en luz. Literatura. Crear seres de papel y darles vida con las palabras precisas. Crear vacío de la nada, delimitar contornos de conjuntos en blanco, tratar de vencer la imposibilidad del olvido, llenar los márgenes de cuentos tachados, perder el tiempo en historias insignificantes, volver para encontrarnos y no lamentar nada, ni siquiera, nosotros; ni siquiera, el pasado.

Teoría del cuento nº 1 (Secretos)

A veces, vislumbramos secretos tras una marquesina de autobús o una caricia furtiva. Un pedazo de verdad nos golpea la médula, y aunque tratemos de creer las mentiras que nos cuentan, no deja de golpearnos hasta que consigue salir. Escapa a presión en despedidas apresuradas y sonrisas desprevenidas. Los secretos eluden el silencio y se alimentan de tiempo. Acaban llenándolo todo, pero nosotros sólo podemos ver las partes desprendidas, los restos de las grandes historias ocultos en pequeños detalles y personajes secundarios. Un cuento es un secreto que quizá podamos descubrir cerca del final. Un cuento es un destello que encontramos tras una marquesina de autobús o una caricia furtiva. Sólo tenemos que saber leerlo, para luego, poder escribirlo.

Teoría del cuento nº 2 (Dios)

Dios, que es un triángulo, un ojo, una paloma, un padre y su hijo, todas las cosas y ninguna; se levantó un sábado por la mañana y mirándose en el reciente mar decidió transformar sus palabras en carne de su imagen y semejanza. Nada más nacer, la nueva criatura, que era Dios

al revés y sólo podía convertir carne en palabras, atravesó el espejo, confundió las cosas imaginarias y las reales y entrelazó las promesas, los abrazos, los besos, las mentiras, el sexo y el amor.

El tiempo, lejos de acabar con ella, la hizo múltiple, triste y poderosa. Inevitablemente, la criatura ha seguido confundiendo ficción y realidad y mintiendo besos y amando mentiras y follando criaturas y abrazando promesas y prometiendo amor y transformando carne en palabras hasta invertir la creación y llegar a un Dios de cuento.

Teoría del cuento nº 3 (Niños)

Los animales hablaban y la resurrección era tan simple como abrir sus tripas. Nadie era feo si esperaba lo suficiente y ningún malvado tenía final feliz. Un beso despertaba a las princesas del sueño eterno y un dragón las protegía de los príncipes. Un mundo feliz antes de dormir, bajo una colcha y junto a mamá. Crecimos y empezamos a leer novelas, estudiar tratados y presentar tesis. Comentamos ensayos y recitamos unos cuantos poemas de amor. Tal vez, nos cruzamos con algún cuento triste de escenas cotidianas, pero lo llamamos relato. Luego, creímos que no había tiempo para la literatura, llevamos los libros al desván y en su lugar pusimos una vitrina con copas. Entonces decidimos ser padres, pintamos la habitación de invitados de azul o rosa, pusimos una cuna, compramos juguetes y una colección de cuentos clásicos.

Cuando volvimos a leer aquellos cuentos, supimos, de repente, que eran verdad, que las manzanas están envenenadas, que las princesas se pinchan para dormir para siempre y que los animales siguen hablando y devorando niñas. Lo único falso es que alguien sepa como abrir sus tripas.

Teoría del cuento nº 4 (Monstruos)

Los cuentos son laberintos de palabras construidos para encerrar monstruos. Los cuentos son estructuras de simetrías periódicas ligeramente imperfectas donde habitan viejos minotauros abandonados,

ruinas de espectros suicidas y recuerdos de fantasmas que han conseguido escapar hasta volver al escritor y convertirlo en otro laberinto de palabras y monstruos, pasillos y ventanas. Un espacio al que asomarse morbosamente en busca de su vida o de sus cuentos, en verdad, su tristeza y las historias que inventa para desterrarla, a veces, drogas y cuerpos vacíos, casi siempre todo a un tiempo y entonces los monstruos escriben sus pesadillas y predicen sus depresiones y son los pasillos y las ventanas y los cuentos. Cuentos como escalofríos, como orgasmos tristes, como botellas rotas, como la última vez, como la nieve sucia, como la locura, como el invierno.

Teoría del cuento nº 5 (Libros)

Los libros son una extensión de la imaginación y la memoria. Pero la imaginación y la memoria son parte de una geometría indistinguible. La imaginación modela los recuerdos, para volverlos verosímiles y la memoria comienza los procesos de la imaginación.

La memoria es la imaginación, es una inversión temporal y todo tendría que volver a ser como al principio, pero es mentira y nadie puede explicar los engranajes de los relojes que no tienen sentido horario.

Escribir en cualquier momento como para saciar la sed, como para amar en cualquier lugar por última vez. Escribir porque no se puede hacer otra cosa, porque las palabras vienen de muy lejos para no irse y se enredan con los sueños y la vida y convierten los recuerdos en libros, la imaginación en memoria y el resto en mentira.

Teoría del cuento nº 6 (El escritor)

Te tumbas en una cama y deseas que las horas pasen por la mancha de humedad del techo, pero sólo unos pocos minutos logran atravesar el yeso agrietado y sucio. Sin levantarte, consigues bajar la persiana y apagar la luz, cierras los ojos, pero no duermes, sólo das vueltas sobre las sábanas. Intentas pensar en nada, pero la habitación oscura se llena de recuerdos, obsesiones y hombres desnudos en

duchas de gimnasio. Enciendes la luz y escoges la novela más gruesa y mejor editada de tu estantería, pero sus frases largas y exactas sólo consiguen darte sed y calor. Vas hasta la nevera y encuentras una botella vacía sin etiqueta y media tarrina de arroz chino a punto de caducar. Comes sin ganas y miras la calle. Decides salir. Entrás en una librería y lees contraportadas hasta que alguien de uniforme te dice que van a cerrar. Entonces, pasas por los arcos de seguridad y te sientes culpable de que no suenen, deseas haber robado algo para poder justificar tu sensación de sospechoso frente a los otros, frente a ti mismo.

Quizás mañana suenen las alarmas, quizás mañana recuerdes rellenar la botella del frigorífico, quizás mañana lo llames, quizás mañana escribas un cuento nuevo.

Teoría del cuento nº 7 (La noche)

Las simetrías de la noche, especialmente del sábado, son inmutables e imperfectas. Empiezan y terminan con la misma llave y la misma cerradura, la misma ropa y el mismo pequeño grano sobre el labio. Entre medias, huecos entre desconocidos llenos de palabras intrascendentes, puntos suspensivos y besos; personajes sin biografía encerrados en una trama o la copa que sostienen. Después, sin poder decir el tiempo que ha pasado, nos sentimos más absurdos o más ligeros; distintos. Pensamos que en unas horas volveremos a ser los mismos. Pero quizá no. Quizá hayamos encontrado a la persona de nuestro insomnio o los relatos completos de nuestra vida. Quizá seamos más sabios, más desgraciados o tengamos nuevas historias para la próxima fiesta o el próximo libro. Quizá, las noches del sábado sólo sean cuentos de escritores alcohólicos, divertidos, tristes, sexuales, encantadores y elípticos.

Teoría del cuento nº 8 (El admirador)

Si usted quiere escribir un buen cuento, busque un banco céntrico de respaldo firme y siéntese a observar la calle mientras finge leer el periódico. Debe tener presente que un cuento es la suma lingüística

de pequeños detalles, por eso, es muy importante que anote lo que suceda o lo que crea que va a suceder en los márgenes del periódico, preferiblemente a tinta azul y en la sección de opinión o de esquelas. Una vez que haya observado suficientemente la calle, se dará cuenta de que se ha convertido en lo que ha visto. Entonces, usted será la calle, la sección de opinión del periódico y el cuento que ha escrito.

P.D

Espero que [usted] sea lo bastante interesante como para poder incluirlo en mi próxima colección de relatos.

Afectuosamente, su escritor favorito.

Teoría del cuento nº 9 (Indistinguibilidad)

Da igual uno que otro. Se chocan y después no saben quien es cada uno. Vuelven a sus habitaciones casi idénticas con la extraña sensación de haber adquirido otros recuerdos y nuevas obsesiones. Se parecen tanto como dos cucharillas de un juego de café y poseen la misma extraña facilidad para la desaparición.

Remover hasta disolverse, beber hasta creer cualquier mentira, incluso las propias; eludir el principio de exclusión porque sólo hay que apartar un poco la colcha y luego la camisa y luego la ropa interior y luego que sé yo, no pensar e irse antes del desayuno.

Quizá, alguna noche se pueda esperar, para llevarlo clandestinamente en una cucharilla hasta los labios, al azúcar precipitado en el fondo de la taza de café. Quizá, alguna noche se puedan distinguir los personajes del cuento e incluso del autor.

Teoría especial del cuento (nº 10)

Los cuentos son el camino más corto para recorrer el mayor espacio posible, por ejemplo, el espacio que nos separa esta noche y el que nos separará mañana.

Los cuentos nos hacen movernos tan deprisa como para poder abolir las causas y los efectos: las rendijas insalvables entre lo que todavía no he dicho y lo que tú ya sabes.

Los cuentos nos permiten esperar en lugares equivocados tan próximos a la realidad que seguro que nos encontraremos.

Los cuentos pueden terminar al empezar, transformarse en energía mientras pasamos sus hojas, escapar de sus autores para crecer hasta novelas, convertirse en camas, mesas o lágrimas; perderse en tu bolso y regresar siendo otros mucho más jóvenes y mucho más tristes.

Los cuentos son distintos para todos los lectores. Sin embargo, sus leyes son idénticas; independientes de nosotros y de la velocidad a la que viajen nuestras palabras.

Nada puede desplazarse más rápidamente que la luz, ni siquiera la soledad o las historias perfectas de los cuentos no escritos pensando en ti.

Teoría del cuento nº 11 (espejos)

Las ventanas por la noche se convierten en espejos. Pero cuanto más nos acercamos a ellas más vuelven a ser ventanas y nos vemos en la calle entre las luces y al final, con la nariz fría sobre el vidrio, simplemente vemos la noche. Un proceso inverso sucede en los cuentos: los espejos se convierten en ventanas. Y según vamos hacia ellos con ganas de saltar, descubrimos nuestra imagen saliendo de la oscuridad o esperando en algún otro lugar un poco mejor. Por eso, deseamos que el día siguiente conserve el reflejo de las cosas anteriores: encontrar nuestra cara en los últimos árboles del parque o ver el lugar diferente del otro lado del espejo. Pero el día siguiente, cuando miramos, sólo nos enseña la realidad.

Teoría del cuento nº12 (El metro)

Los cuentos nos arrastran por los vagones de metro y las estaciones vacías. Los cuentos recuerdan los colores de las líneas y los nombres

de las próximas paradas. Esperan pacientes la primera cita y el último tren. Se mezclan con negras exuberantes, ancianos que huelen a moho o heroínómanos que beben yogurt líquido. Se aferran a barras de plástico y se extienden por los asientos desocupados. Mueren en escaleras mecánicas y resucitan en un banco o en el suelo de un andén. Son todas las personas que he sido, todas las mañanas con la ropa del día anterior, todas las visitas al dentista. Son el principio de las mejores fiestas y también las tristes despedidas a través de puertas que se cierran. Son el libro que se esconde en la gabardina, que se pega a los vaqueros o que suda con la mano. Son el muchacho que subía hasta la salida más lejana a su destino y el muchacho con barba que lo sigue haciendo.

Teoría del cuento nº 13 (Viajes)

Alguien te dice el nombre de un escritor muerto y difícil, lees sus cuentos editados por un periódico y cuando los terminas están mezclados con los rasgos de tus amigos y los ángulos de tu ciudad. Luego, visitas el primer país extraño y al regresar tu habitación es más grande y los autobuses más pequeños. Has descubierto que los viajes y los libros provocan la discontinuidad del tiempo y las cosas, ya no puedes dejar de llenar con historias tus noches de sábado, ya no puedes evitar perderte en otras lenguas y otras ciudades. Sin embargo, un día acabando una novela o llegando a casa desde el aeropuerto las discontinuidades desaparecen. Entonces, empiezas una doble vida: un yo compra el pan y se afeita y el otro recorre los canales de todas las venecias del norte, un yo duerme la siesta y va al banco y el otro descubre mujeres infieles, seres fantásticos y muertes terribles. Una parte de ti ha empezado a recorrer la biblioteca de Babel, la otra quizá consiga escapar empezando a escribir.

A lo mejor, algún día, se encuentran entre libros. A lo mejor, entonces, vuelves a ser uno y discontinuo.

Teoría del cuento nº 14 (Incompletitud)

Un vaso son muchos vasos, pero el cerebro elimina las diferencias para poder entender algo, aún así no entendemos gran cosa porque

no siempre distinguimos lo suficiente o confundimos lo necesario. Las proporciones son fundamentales e inalcanzables. Nos volvemos locos buscándolas y después de estar locos seguimos sin encontrarlas. Estamos incompletos, somos indecisos y llamamos igual a las cosas diferentes. En un principio, sabemos que son diferentes pero después, llamándolas igual, las confundimos con su nombre y no podemos distinguirlas. Eso es todo lo que parece y no es. Llamamos manos a cosas tan distintas, como mis manos, tus manos, sus manos temblorosas y suaves, sus manos fuertes y sucias... Llamamos manos a todas las manos y después escribimos: "La mano sostenía el vaso". Y esa mano es cada mano, la que recordamos cuando lo escribimos, la que besamos o mordemos después, la que nos pide dinero, pero sobre todo, la mano que imaginas cuando lees. Y también el vaso. Y también el cuento.

Teoría del cuento nº 15 (El amor)

No quiero creer en el amor fuera de los cuentos o las obsesiones compartidas, pero a veces, letras enormes hacen sentir torpes a mis manos, como unas tijeras o un sujetador. Letras que siempre están a punto de caer para formar palabras desmesuradas y frases casi infinitas. Frases que me aterran por su brevedad y sencillez. Te quiero, pero luego sólo puedo querer té y acariciar tus manos. Tus manos que entre las mías me hacen sentir menos torpe y más feliz. Te quiero y temo que las letras enormes nunca terminen de caer entre mis dedos y rodar por tu cuerpo hasta formar palabras desmesuradas y frases casi infinitas que yo no me atrevo a decir por su brevedad, su sencillez y mi miedo.

Teoría del cuento nº 16 (La muerte)

Sólo somos física y en cualquier momento podemos dejar de existir. Sin embargo, casi siempre parece que somos inmortales y cuando descubrimos la mentira, nos rompemos y las palabras caen como lágrimas, como hojas en otoño que, inevitables y repentinas, se posan sobre el suelo y esperan hasta desaparecer. Nada resiste al tiempo y a la tierra y menos la ceniza y los cuerpos. No hay cielo bajo los pies, ni vida eterna. Sólo quedan los recuerdos y los pocos sueños que no

se olvidan al despertar. Sólo queda todo lo demás y la tristeza. Las colecciones de afectos y de libros, la familia, los cuadernos incompletos de números y viajes, la absurda esperanza en el regreso y en el final de la ausencia y el dolor.

Teoría del cuento nº 17 (La ciudad)

La ciudad había conformado nuestras rutinas inconscientes de amantes, falafel, librerías, cines y bares de viejos. Antes de marcharnos, paseamos liberados de mapas por calles de nostalgia y parques de pequeña felicidad clandestina. Prometimos no cambiar nunca y escribir cartas. Pero pronto, nos convertimos a otras paredes, otras cafeterías, otras obsesiones y otros pequeños restaurantes italianos. Temíamos regresar: encontrar un lugar distinto y dejar de creer en nuestros recuerdos. Pero regresamos. Y descubrimos que la ciudad estaba todavía en nosotros como los cuerpos de los antiguos amantes o las palabras bellas y terribles de los cuentos que hace tanto que no leemos. No obstante, hemos cambiado. Somos otros con la misma memoria. Y los parques con más luz y los cines con más salas nos sorprenden tanto como nosotros sorprendemos, con sonrisas mecánicas y frases hechas, a las librerías cerradas y a los bares de nuevos viejos.

Teoría del cuento nº 18 (El odio)

La venganza ha de escribirse fría. Rectifico, fría y exacta. Fría y exacta como un cuento de frases cortas y muchos puntos. Un cuento con una trama sencilla, personajes bien definidos y un final abierto, mejor aún, sin final. O con un final trágico, despiadado con el lector y sobre todo contigo. Contigo y con tus sucios chantajes de miradas tristes. Contigo y con todos los discos que me robaste. Contigo y con tus caricias incompletas por la espalda. En verdad, sólo contigo...

Y contigo, mi venganza es un cuento: una serie ordenada de insultos privados, una descripción precisa del efecto de la gravedad sobre tus miembros, una recopilación minuciosa de tus neurosis de antes de

amanecer y de después de correrte, una declaración imposible de malinterpretar sobre todo lo que te odio y todo lo que odio haberte querido.

Por cierto, también odio tu kimono traído directamente de Japón, tus láminas de Warhol, tus amigas mods, los bares de moda, el color de tu tinte y tus ganas nada más despertar.

Teoría del cuento nº 19 (Recaídas)

Nos levantamos sólo para poder volver a caer, para tropezarnos una y otra vez con las mismas piernas y las mismas caricias. La gravedad nos atrapa, nos arrastra y nos hace girar en torno a nuestro centro. Caemos como hojas y tal vez no debamos evitarlo. A lo mejor en la caída está lo esencial y desde luego está la belleza. La belleza es un vértigo, el miedo a encontrar lo que esperamos, el miedo a los golpes de la felicidad que nos dejan solos y que nos rodean de fantasmas. Fantasmas reales con piel y sexo que son el comienzo de la tristeza y los cuentos. Los mismos cuentos de siempre escritos con palabras que no terminamos de entender o que entendemos demasiado.

Cuentos que tratan de fugas y resacas de amantes que prefieren a otros.

Cuentos que tratan de regresos y pasiones imaginarias en una habitación de hotel.

Cuentos que tratan de otros cuentos y otras nostalgias.

Cuentos que no tratan de amor ni de muerte.

Cuentos que tratan de nada.

Teoría del cuento nº 20 (Vacíos)

Miramos una pared y no imaginamos que esté vacía, que su interior no tenga nada, o tenga tan poco que es como si nada. Volvemos a mirar la pared y nos parece continua, cortable en dos y luego en cuatro como una asistente de mago o una carta del banco. Pero la pared está vacía por dentro y es discontinua. Y quien dice pared dice persona, cuento, físico o escritor. Pero, luego, pensamos. Y el vacío no está vacío, y es verdad que no hay cosas, pero hay cosas de otra manera y entonces la pared vuelve a estar llena, pero llena de cosas que parecen vacíos y que nos tocan sin darnos cuenta. Eso sí, sigue siendo discontinua como los sábados por la noche los domingos por la mañana que en verdad es a media tarde. Y si un domingo a media tarde no se puede confiar en una pared porque está vacía, con vacío que está lleno de cosas que no son cosas pero a lo mejor y cada uno de sus puntos está separado del otro tanto que no se sienten o se sienten despreciablemente y además ya no hay nada continuo para qué seguir con la sintaxis mezclamos todas las letras y escribamos cualquier cuento.

Teoría del cuento nº 21 (Equilibrios)

El equilibrio es casi siempre inestable entre los cuerpos, casi no existe gravedad entre ellos, por eso, la menor perturbación los hace caer, caer deslizándose y seguir cayendo hasta que el rozamiento los detiene. Lo mismo ocurre con las palabras, con las oraciones de un cuento que entrelazan personajes y nos hacen descubrir que el equilibrio es un accidente, un estado transitorio entre todas las posibilidades de caos. El equilibrio tiende a la autodestrucción como toda esa gente que me gusta y que odio. Como las construcciones efímeras de los viernes por la noche, del papel en blanco, de los cuerpos desnudos. Deseamos no caer o caer en el lugar adecuado. Pero, no tenemos capacidad para predecir las trayectorias que cruzamos, no podemos calcular el efecto exacto de cada palabra o de cada ausencia de palabra. Nuestras historias escapan de nuestras manos para orbitar alrededor de centros imprevistos o para perderse hacia el infinito, pero el infinito no es más que otro cuerpo; un cuerpo alejado, extraño y lleno de otras palabras.

Teoría del cuento nº 22 (Invierno)

Empieza el frío y la nieve nos amenaza. Los cuerpos se alejan por el exceso de ropa y resbalamos con el hielo y las hojas caídas. Las manos nos duelen por leer en la calle, el papel se moja y recobramos la sensibilidad en las mejillas. Los bares se llenan de compañeros de trabajo o familiares lejanos y la soledad aumenta en el exceso de compañía. Los niños escriben cartas que no van a llegar a ningún sitio y todo se llena de luces que nos recuerdan la felicidad. Nos llegan invitaciones a la nostalgia y muchos más regalos de los que merecemos. Se multiplican las noches sin mañanas para leer cuentos o para salir o para cenar varias veces. Empieza el invierno e inexplicablemente, como el fútbol, el ajedrez y las canciones tristes; me gusta.

Teoría cuántica del cuento nº 23

Un minuto antes, dos palabras más. El tren todavía hubiera estado en la estación y ella quizá dormiría bajo la colcha. La luz del color exacto para poder cambiar de lugar, incluso luz invisible para escapar. Precisión requerida para los científicos y los artistas. El privilegio de las pocas e infinitas cosas capaces de transformar lo que las demás no consiguen. Buscar puntos singulares en vez de distribuciones homogéneas, empezar a creer en la dualidad de los cuerpos y las ondas, olvidar lo anterior para recuperarlo en el límite del movimiento imperceptible o la excitación exagerada. Postular sin entender demasiado y confiar en que la realidad nos dé la razón y entonces llegar cuando las puertas no se han cerrado y aprender a decir: no te vayas, te quiero.

Teoría de la medida del cuento nº24

Elegimos algo y el resto desaparece. En cambio no es así. Elegimos una mujer y las demás siguen peinándose y saliendo tan guapas con esos vestidos negros y ceñidos. Elegimos una historia para un cuento y las demás nos acosan delante del ordenador y detrás de las calles iluminadas. Las combinaciones de palabras y de personas son

innumerables, pero la elección es única. No obstante, todas las opciones no nulas permanecerán porque todos los senderos que se bifurcan, se excluyen y porque el pasado es inalcanzable y por tanto indestructible. Entonces, ¿Te beso cuando nos rocemos por el pasillo o sigo hasta el baño? , ¿Empiezo escribiendo: “elegimos algo y el resto desaparece”, o escribo: “las cosas pequeñas se comportan de forma extraña y cada vez que pensamos encontrarnos con una el resto desaparece”?

Hay infinitas soluciones equivocadas y sólo una correcta, además casi nunca podemos saber cual es.

Teoría general del cuento (nº 25)

Existe una teoría general del cuento que explica como el espacio y el tiempo forman parte de una misma geometría definida por el peso exacto de los objetos y las palabras, pero es mejor eludirla y escribir para entender. Entender que no podemos evitar la complejidad y que sólo son necesarios los caminos imposibles. Buscar las palabras precisas aunque no las sepamos, aunque sean amargas, aunque acaben con nosotros. Demostrar que las leyes de la caída son independientes del lugar y el observador. Encontrar la verdad y aprender a escribirla con el lenguaje correcto: el más universal, el más sencillo. Y después de todo, descubrir que los cuentos escritos eludiendo la teoría general, también son parte de ella. Entonces, tristes y felices, podemos escribir el último punto.





Enrique Rubio Palazón

Murcia, 1978

Premios en concursos literarios de la Región de Murcia:

Premio A.J.E.M. 2002 "Escribe y diviértete" (2002)

III Concurso de Relato Breve "Antonete Gálvez" (2005)

Certamen CreaJoven de Murcia en la modalidad de narrativa. (2006)

Accésit en el Certamen Murcia Joven en la modalidad de narrativa (2007)

Accésit en el Concurso Literario de Alguazas (2008)

A su vez, ha obtenido diversos premios a nivel nacional:

Primer premio en el Certamen Creación Joven Ciudad de Almería en la modalidad de poesía (2005)

Selección de finalista en el XXIV Concurso de Relatos Ciudad de Zaragoza (2006)

Tercer premio en el II Concurso de Relato Breve de Oria. (2006)

Accésit en el XI Certamen Literario Juvenil "LLETRES NOVES" de Santa Pola

Primer premio en el IV Certamen Universitario de Relato Corto: Jóvenes Talentos Booket- Ámbito Cultural. (2007)

Tercer premio en el III Concurso de Relato Breve de Oria. (2007)

Primer premio en el V Concurso de Relato Corto y Fotografía "El Coloquio de los Perros" en Montilla (Córdoba) (2007)

Accésit en el XX Certamen Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid (2008)

Autor de la novela *Tengo Una Pistola*, basada en el relato ganador del premio Booket 2007, de aparición próxima en la editorial Booket (Planeta).



Jorge Martín Mora-Rey

Madrid, 1985

Licenciado en Física por la Universidad Autónoma de Madrid (junio 2008)

Escritor de cuentos y micro-relatos (inéditos)

2008: *London affaire*, *Cuento sin Ida y Siria*

2007: *Compañero de Oficina*

2006: *La noche más corta del año*, *Fuck Tom y Calcetines sucios*

2005: *Antes o el ruido de la lluvia*

2003: *Vueltas*

2004-2008: Colección micro-relatos *Breve historia de amor*

>Contacto

647 070 235

mainecore@hotmail.com

>Contacto

659 527 854

perspicuo@gmail.com

